

Valeriano, Adela, don Ruperto, son personajes trazados con pulso seguro, con experiencia de novelista que ya ha escrito muchas veces aquello que vió y entendió de la vida. Se ve que los años y sus experiencias de hombre fueron el más eficaz consejero que tuvo Waldo Urzúa, cuando se decidió a escribir esta novela, bella y triste, tierna y generosa. Con todas las alternativas que tiene la vida. La verdadera vida que sabe pintar el artista emocionado capaz de arrancar de la realidad, lo más interesante y lo más despreciable, para mezclarlo en una magnífica realización artística.—LUIS DURAND.

<https://doi.org/10.29393/At205-17CVAS10017>

LA CASA DE VIDRIO, por *Claudia Lars*

La poesía para niños gana, día a día, el interés de los poetas. Estamos lejos de los afanes moralizantes que caracterizaron a los antiguos escritores que llenaron nuestra infancia de guías de conducta, sin dar a nuestra alma el empeño celeste de una creación. La Mistral ha sido para los niños una gran voz de luz. Su propia poesía está temblando por ellos y si nó es, en verdad, canto directamente para niños, los contiene en su globo de amor y realiza para éstos una como jornada de comprensión. Claudia Lars ha entendido como madre y como mujer a nuestra poetisa y no sólo le ha dedicado su obra, sino que, también, ha cogido su médula esencial, de trino puro:

«Palabra limpia y sencilla
como la flor del lenguaje».

.....

«Enséñale tú el lenguaje
armónioso de los niños».

Claudia Lars ha tenido que alzar esta «casa de vidrio», (transparencias de sueños para el rey de la mejilla de oro), con fragmentos de su corazón. Es muy curioso marginar cómo algunos poetas, (yo mismo: «Vecindario de Palomas»), denominan sus libros para niños con títulos que expresan hogar, reducto de amor; la autora del libro que comentamos ha tenido la fina intuición de hacer de su poesía una mansión donde los seres del mito se encienden para la alegría del hijo, «Casa de vidrio», es decir, de cielo. Casa en que las ventanas son los ojos de la madre y la puerta ostenta la forma de un corazón:

«¡Mi casa está bendita,
todo en ella vive y cabe,
y puedo admirar a Dios
a través de sus cristales!».

Música y levedad organizan la voz de esta mujer en quien la ternura es una espiga. Claudia Lars no ha limitado la visión de su alma al hijo solamente; madre, esto es, harina de estrella, quiere que la vida sea para todos una canción y, así, la escuchamos cantar, rezar casi, su protesta en «Vergüenza».

En «Arrullo de la madre pobre» y en «No juego a soldados», la palabra se aguza y desea cambiar las ramas de los árboles por claras banderas de justicia y de paz. No es que Claudia Lars profetice o se tiña de partidos. No. Le basta a su sensibilidad el impulso de sus entrañas para que la emoción contagie de diafanidad.

En sus poemas «Capullito» y «Barrilete» polariza su destino de amiga de la naturaleza y de las obras de los niños; mientras el capullo es un puño de seda para su alegría, el barrilete, (el volantín), la traslada al otro lado de los sueños que su hijo fabrica al margen de su canto...

Claudia Lars ha dedicado una serie de su libro al loor de

«Los animalitos», el verso es corto y zumbón. No se parece ni a Jules Renard, ni a Ramón Gómez de la Serna. No busca el símbolo: únicamente pretende la alabanza. Cuando leemos estas estrofas, pensamos en Antonio de Undurraga y su libro inédito «Zoo Subjetivo», de una fecunda imaginación para el juego de las figuras en torno de los animales que comparten con el Hombre la ventura de la estrella.

Con cierto parecido a nuestra María Cristina Menares, (ver «Marisol»), pero con más recursos que la poetisa de «La Estrella en el agua». Claudia Lars nos regala con graciosas composiciones, como su «Nadador»—«Delfín seguro y arisco»—, o su «Circo», pequeña oliva en la entrada de los circos de la infancia.

Sin embargo, en Claudia Lars no ha madurado enteramente la gracia de esta poesía. Quizás si le falte libertar su pluma de ciertos prejuicios que gravitan, injustamente, sobre la comprensión del niño. Se advierte que posee la clave y la imaginación necesarias para contribuir al goce de las bellas mentiras que iluminan la niñez. Pero se resiste, protegiéndose con ternura y musicalidad. Fábula es lo que precisan los niños. Fábula para no perder su contacto con los sucesos que les hacen comparables a dioses de miel y de briznas.

En un poema, Claudia Lars alude a Poe; encontramos que el sistema de citas conviene sólo cuando se evoca a personajes extraordinarios, a seres de leyenda y de sueño: Simbad, Caperuza, etc. Además, que Poe es una hermosura sombría que no conjuga con el color de la infancia... Claudia Lars que ha dicho que, «¡Para alegrar a mi niño es inmenso mi poder!», levanta nítidas las condiciones para avanzar victoriosamente por esta literatura que es la más difícil, por su gravamen de claridad, de enueño y consistencia.—ANDRÉS SABELLA. ↓